

# **Laurie Colwin**

# Tantos días felices

Traducción de Marta Alcaraz

Primera edición, 2015  
Título original: *Happy All The Time*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Happy All The Time © 1978 by Laurie Colwin

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2015  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Nancy Crampton  
Ilustración de la cubierta: © Nataliya Velykanova

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-24-5  
Depósito legal: B. 12.233-2015  
Impreso por Reinbook S.L.  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño de cubierta: Jordi Duró  
Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*Para Ann Arensberg*



## PRIMERA PARTE



Guido Morris y Vincent Cardworthy eran primos terceros. Nadie recordaba ya qué Morris se había casado con qué Cardworthy y a nadie le importaba salvo en las grandes reuniones familiares, cuando de vez en cuando alguien sacaba el tema y lo sometía a benévola consideración. Vincent y Guido eran amigos desde su más tierna infancia. Los habían llevado de paseo juntos en el mismo cochecito y, ya de niños, solían reunirse en la casa que los Cardworthy tenían en Petrie, Connecticut, o en casa de los Morris, en Boston, para jugar a las canicas, trepar a los árboles y poner petardos en buzones y en cubos de la basura. De adolescentes habían bebido cerveza a escondidas y habían probado a fumar los puros del padre de Guido, que en vez de marearlos solían dejarlos muy contentos. Ya de mayores, ambos disfrutaban muchísimo con un buen puro.

En la universidad, los dos habían hecho el tonto, habían gastado dinero y se habían preguntado qué sería de ellos cuando fueran mayores. Guido quería escribir poesía en dísticos heroicos y Vincent pensaba que acabaría ganando el Nobel de Física.

A los veintimuchos volvieron a encontrarse en Cambridge. Guido había estudiado Derecho, y como varios años en un bufete de abogados de Wall Street le habían descubierto que su trabajo no lo entusiasmaba, había vuelto a la universidad para hacer un posgrado en lenguas románicas y literatura. Era bastante mayor para los estudios de posgrado, pero había decidido concederse unos años de placer improductivo antes de que las auténticas responsabilidades de la vida adulta se le echaran encima. Al final, Guido terminó recalando en Nueva York para administrar la fundación de la familia Morris, la Fundación Carta Magna, dedicada a la financiación de proyectos de arte público, de artistas de todo tipo y de asociaciones dedicadas a la conservación de monumentos y al embellecimiento de las ciudades. La fundación editaba una revista de arte bimensual que se llamaba *Runnymede*. El dinero que lo costeaba todo salía de la pequeña fortuna que un antiguo capitán de barco llamado Robert Morris había amasado a principios del siglo XIX en el sector textil. En uno de sus viajes, Morris se había casado con una italiana, y a partir de entonces todos los Morris habían llevado nombres italianos. El abuelo de Guido se llamaba Almanso, y su padre, Sandro. En esos momentos, el administrador de la fundación era su tío Giancarlo, pero se estaba haciendo ya muy mayor y Guido había sido elegido para, a su debido tiempo, sucederlo.

Vincent había estudiado en la Universidad de Londres y había vuelto al Massachusetts Institute of Technology. Su primera incursión la había hecho en el urbanismo, pero lo que de verdad le interesaba era lo que se conocía como gestión de residuos, a los que Vincent, sin em-

bargo, siempre llamaba «basura». Lo fascinaban su producción, su eliminación y sus posibles usos. Gracias a sus monografías sobre el reciclaje, publicadas todas ellas en la revista *City Limits*, empezaba a hacerse un nombre en su campo. También había patentado un aparatito doméstico que transformaba las mondas de las verduras, los periódicos y otros desechos de la cocina en valiosísimo mantillo, pero la cosa no había llegado muy lejos y Vincent había acabado trasladándose a Nueva York para dedicar su talento y su energía al Consejo de Planificación Urbana.

Con el futuro más o menos asegurado, se instalaron tranquilamente en Cambridge a pensar con quiénes iban a casarse.

Una tarde de domingo de enero, Vincent y Guido contemplaban muy detenidamente una exposición de vasos griegos en el Museo de Arte Fogg. Afuera, el aire estaba cargado y había demasiada humedad. Adentro, la calefacción estaba demasiado alta. Era uno de esos días que te obligaban a salir de casa y luego no te daban nada a cambio. Como en casa estaban inquietos y en la calle, nerviosos, habían decidido ir al museo pensando que la contemplación de vasos griegos los calmaría. Dieron varias vueltas. Guido impartió toda una conferencia sobre la forma y la figura. Vincent dio una breve charla sobre el urbanismo de la ciudad-estado griega. Nada de eso logró apaciguarlos; los dos tenían ganas de acción, sin saber de qué tipo y sin ganas de ir a buscarla. Vincent estaba convencido de que el deseo infantil de pegar patadas a neumáticos y estrellar botellas contra las paredes nunca se perdía; de adultos, lo que hacíamos era relegarlo al subconsciente, donde ese deseo iba dando

brincos y creando la tensión que él sentía en ese momento. Un sudoroso partido de frontón y un par de petardos bien tirados les habrían hecho a los dos muchísimo bien, pero para jugar hacía demasiado frío y ambos eran demasiado distinguidos para lo otro. Así que se quedaron solos con sus nervios.

Cuando se dirigían a la salida, Guido vio a una chica sentada en un banco. Era esbelta y de huesos finos, y tenía el pelo más negro, más lacio y más brillante que Guido había visto jamás. Lo llevaba como lo llevan los niños japoneses, solo que más largo. Y la cara de aquella chica pareció quedar impresa en su corazón de forma indeleble.

Se paró a mirarla, y cuando ella por fin le devolvió la mirada, estaba cargada de odio. Guido le pegó un codazo a Vincent y los dos se acercaron al banco en el que estaba sentada.

—La perspectiva es perfecta —dijo Guido—. La inconfundible sutileza de la línea y de la intensidad del color.

—Muy pictórica —dijo Vincent—. ¿Qué es?

—Voy a tener que consultarlo. Parece una mezcla de escuelas. Esa inconfundible inclinación de la nariz: una ligerísima deformación que da la impresión de absoluta limpidez. —Señaló el cuello del vestido de la chica—. Los exquisitos pliegues alrededor del cuello y el ropaje del resto de la figura, inconfundibles.

Durante aquel recitado la chica había permanecido completamente inmóvil. Luego, con mucha parsimonia, encendió un cigarrillo.

—El inconfundible arco que describe el brazo —continuó Guido. La chica abrió su boca perfecta.

—La debilidad mental que entre los estudiantes mayores pasa por ingenio. ¡Inconfundible! —dijo ella. Entonces se levantó y se fue.

Cuando Guido volvió a verla, ella acababa de subir al autobús. Hacía un frío atroz y, muy apurada, trataba de sacar cambio del monedero, pero los guantes le molestaban. Por fin se quitó uno con los dientes. Guido la miraba embelesado. Iba abrigada con un gorro de piel y dos bufandas, y mientras avanzaba entre los asientos, Guido se escondió detrás de su libro y se quedó mirándola hasta que llegaron a Harvard Square, destino que resultó que compartían. En el quiosco se vieron las caras. Ella lo repasó de arriba abajo y se marchó.

Al cabo de dos semanas, volvió a aparecer ante Guido en circunstancias más felices. Entró en un salón de té con una chica que se llamaba Paula Pierce-Williams, a la que Guido conocía de toda la vida. Paula lo saludó con la mano y él se acercó tranquilamente a su mesa.

—Guido, Holly Sturgis —dijo Paula—. Y Holly, él es Guido Morris.

—Ya nos conocemos —dijo Holly Sturgis.

—No te veo nunca, Guido —dijo Paula—. ¿Sigues trabajando en la tesis?

—Ya casi he terminado —respondió Guido.

—No hay manera de que me acuerde de qué trata —dijo Paula.

—Del derecho patrimonial medieval y su relación con el amor cortés —dijo Guido. Holly Sturgis disimuló una risita.

Guido no tenía por costumbre enamorarse de las chicas a las que veía en el autobús o en un museo. Había tenido dos relaciones serias y contados encuentros superficiales. De esos, que lo habían dejado perplejo y herido, trataba de no acordarse. En los tiempos modernos que corrían, él era un hombre a la antigua, se decía Guido, esclavo de la idea de que todas las relaciones auténticas conducían al matrimonio. De no hacerlo eran, por fuerza, falsas, basadas en la mala fe o en la falta de verdadero sentimiento. Y, por tanto, en cuanto terminaban eran malas, sin importar lo ardientemente que uno las hubiera empezado. Los encuentros superficiales Guido los atribuía al mero impulso: algo que no dura más que un día no puede llamarse relación. Vincent trataba de explicarle que esas cosas formaban parte de un proceso, del proceso de madurar, pero eso a Guido no le servía de consuelo. En el caso de sus dos relaciones serias, la despedida había sido serena pero difícil de entender: las dos chicas se habían casado y le habían enviado felicitaciones de Navidad. ¿Dónde habían quedado los sentimientos?, se preguntaba él.

A punto de entrar en la treintena, Guido creía que en el amor uno iba cometiendo errores hasta dar con la certeza absoluta. Y esa certeza halló su objeto en Holly Sturgis. Él era muy serio para los asuntos del corazón y muy serio para los asuntos de estética y algo en Holly lo había tocado profundamente: una mirada había anunciado su elegancia y su precisión. Todo en ella —lo calculado de sus movimientos, la elegancia con la que caminaba, que se hubiera quitado los guantes con los dientes— lo conmovía. Según Guido, el deseo no era más que otra manera de referirse a la estética y la intui-

ción. Deseaba a Holly Sturgis, lisa y llanamente. Deseaba poder tocarle ese pelo japonés tan brillante y lleno de vida. La deseaba desnuda entre sus brazos desnudos. Imaginaba el fresco olor a jazmín de sus hombros.

Como la gente que fantasea en vez de analizar, Guido sabía que Holly sería una persona complicada, seguramente, extravagante y de convivencia difícil. Era meticulosa, eso era evidente, meticulosa hasta en el pelo. Todo eso Guido lo sabía porque sus fantasías solían ser muy precisas; era un pensador visual, como le decía Vincent. Y, así, se imaginaba tumbado con Holly sobre las almidonadas sábanas blancas del Hotel Ritz-Carlton. No se molestaba en imaginar cómo podrían haber llegado hasta allí o qué habría dado pie a aquella situación. Habría anémonas en la mesilla de noche. Sobre la almohada, el pelo de Holly parecería un pincel de marta cibelina, y en la fantasía de Guido ella fumaba sosteniendo el cenicero en equilibrio sobre el estómago. El humo empañaría la luz de las últimas horas de la tarde. Holly guardaría un silencio absoluto. A él, por supuesto, el momento lo habría dejado consumido —sería la primera vez que estaban juntos—, y se veía mirando cautelosamente a Holly, incapaz de saber lo que ese rostro inteligente y encantador expresaba u ocultaba.

Paula Pierce-Williams sirvió el té y luego se marchó a hacer una llamada telefónica.

—¿Esto lo has planeado tú? —preguntó Holly.

—Por supuesto que no —dijo Guido—. No puedo evitar que me sigas por todos lados.

—No me hace gracia. ¿Qué quieres?

—Quiero que seas más gentil con aquellos que se posttran a tus pies.

—No veo que te hayas postrado a mis pies.

—Puede que no sepas mirar bien —dijo Guido. Vio que Paula se les acercaba y al instante le preguntó a Holly si querría cenar con él. Para su sorpresa, le dijo que sí.

Su primer encuentro no tuvo lugar en el Ritz-Carlton, sino en casa de Holly. En vez de las anémonas con las que Guido había fantaseado, había unos helechos que colgaban sobre la cama y que, cuando te incorporabas, se te metían en los ojos. Las sábanas estaban almidonadas, pero no eran blancas, sino con un estampado de violetas. Las fundas de las almohadas tenían unas rosas azules. Holly fumaba, y el cenicero que sostenía en equilibrio sobre el estómago era un platito de Wedgewood decorado con enredaderas negras.

El apartamento de Holly era blanco y espacioso y tan meticuloso como Guido había imaginado. Holly hacía unas composiciones pequeñas y perfectas. Sobre una mesa reposaban un nido de pájaro, una figurita egipcia de piedra azul, una caja de cerillas rusa y un tintero de plata. En la cama, antes de deshacerla, podrían haber hecho rodar una moneda de diez centavos. Las sábanas y las almohadas olían a lavanda.

Aquello era mejor que cualquier fantasía, mejor que esos sueños adornadísimos que, por la mañana, dejan tras de sí un dulce sabor de felicidad inexplicable. Guido se volvió hacia Holly y le tocó el pelo negro y brillante. Llevaba unos pendientes de coral del tamaño de unos gemelos y nada más. Era una tarde de sábado de finales de marzo, fría y lluviosa, y las sensaciones abrumaban a Guido. Todo le parecía extraordinariamente intenso:

el estampado de las sábanas, los motivos de la colcha hecha de retales, el pelo y los pendientes de Holly, todos tan relucientes. Los hombros le olían a jazmín, sí. Cuando Guido se volvió a mirarla, vio en su cara esa mirada que sabía que iba a encontrar: una mirada con la que, de tan reservada e impenetrable y ambigua, todo lo que él pudiera decir estaría un poco fuera de lugar.

Holly era la nieta de Walker Sturgis, el profesor de clásicas. Su padre era ejecutivo de una empresa que se dedicaba a la extracción de cobre y su madre escribía novelas históricas para niños. Era hija única y nieta única y era casi perfecta. Tenía sus cosas, Holly. Todo lo metía dentro de cristal, y los largos estantes de la cocina eran fila tras fila de tarros llenos de jabón, lápices, galletas, sal, té, clips sujetapapeles y alubias. Era capaz de advertir si alguna de sus composiciones se había movido un cuarto de milímetro, y siempre volvía a ponerlas en su sitio. En casa ajena, parecía en lucha permanente contra la necesidad imperiosa de enderezar los cuadros. En su apartamento, la colección de acuarelas botánicas se veía absolutamente recta. Los zapatos de su armario estaban rellenos de papel de seda de color rosa, y tenía los cajones llenos de saquitos de lavanda. De los rincones de su armario colgaban bolas de olor.

Tomaba el té en una bandeja y le gustaban las piezas de porcelana desaparejadas. La bandeja que le llevó a Guido contenía unas tazas con nomeolvides, una azucarera con muguete, una jarrita para la crema con amapolas rojas, y una tetera cubierta de acianos y rosas rojas. Esa bandeja, dispuesta sobre la cama, intensificó la sobrecarga sensorial de Guido. Pensar que Holly se había esforzado tanto solo por él lo conmovió, pero al cono-

cerla mejor descubrió que ella también se preparaba bandejas idénticas cuando estudiaba.

Guido se había preguntado si Holly cocinaría bien. Su aire ligeramente místico no lo presagiaba, pero su meticulosidad indicaba que sí, que sabría cocinar; cocinaría como los japoneses. Guido esperaba que sus cenas parecieran cuadros. Y resultó que Holly era un portento. Guido quedó sorprendido por lo absolutamente delicioso que estaba todo: una comida tan buena, se dijo, debía nacer de un espíritu realmente bondadoso y caritativo, sin duda. Pero la caridad no parecía formar parte del vocabulario emocional más inmediato de Holly. Tras una espectacular tarde en la cama, habían pasado el resto del día en un silencio educado, y la cena casi lo liquida: no solo tenía un sabor maravilloso, sino que su aspecto también era maravilloso. Guido catalogó a Holly como una firme defensora del sensualismo doméstico. Tenía un auténtico don para la buena vida, pero él no era más que una visita: esa buena vida la había construido desde mucho antes de que se conocieran.

Pasó la noche en vela al lado de Holly, muy consciente, incluso cuando dormitaba, de estar durmiendo en la cama de una desconocida. Tras unos sueños breves e inconexos, se despertó de repente sin saber dónde estaba. La visión de Holly no lo ayudó a situarse de inmediato: parecía tremendamente irreal e inaccesible. Estuvo mirándola un buen rato y se dio cuenta de que no quería dormir. No quería perdersela ni un minuto.

Pero sí que se durmió, y al despertar la encontró acurrucada a su lado. ¿Se acurrucaría tan dulcemente

cuando ya no durmiera? Holly se despertó con un leve encogimiento de hombros y se apartó. Guido se incorporó y el pelo se le enredó en el helecho que colgaba. Estaba soñoliento y acosado por los impulsos: se sentía desbordado. Quería convertir a Holly en agua y beber-sela. Quería postrarse ante sus pies. Quería postrarse ante ella, toda. Holly se dio la vuelta y lo miró.

—Vaya —le dijo—, ¿te importaría ir a comprar los periódicos?

Y así, el domingo por la mañana, día de su primer desayuno juntos, Guido acabó andando bajo la llovizna para ir a comprar los periódicos. En el camino de vuelta tuvo una tímida premonición: ¿había sido la petición de Holly el requerimiento íntimo de una amante o solo había querido sacarlo de casa? ¿Les pediría a todos sus amantes que fueran a comprar el periódico? ¿Y si se olvidaba de él mientras estaba fuera y no lo dejaba entrar?

Guido había tardado dos arduos meses en meterse entre los brazos de Holly, dos meses de cenas, de paseos, de conversación, de tardes de museo y de largos paseos nocturnos. Él nunca había ocultado sus intenciones. Aunque nunca había dicho que estuviera enamorado, sí que le había anunciado que andaba en busca del amor, y Holly le había dicho que tendría en cuenta su búsqueda. Fuera de eso, ella se mostraba inflexible, imperturbable, inmovible y completamente distante. Había seguido saliendo con él, y a él solo le quedaba preguntarse a qué pruebas lo estaría sometiendo y si podría superarlas.

Una noche, cuando el deseo ya lo tenía absolutamente

confundido, Holly se acercó al escritorio y, con un bolígrafo dorado, escribió una lista que luego le entregó. Era, le dijo, una lista de las cosas que le gustaban de él. Decía así: ojos, manos, hombros, ropa y altura. Guido insistió para que le diera más información.

—Odio las manos suaves —le dijo Holly—. Las tuyas son fuertes y bonitas. ¿Cómo te has hecho esos callos?

—Construyendo estanterías y pescando. Continúa.

—Bueno, admiro tu altura y me gusta cómo te comportas. Siempre he sentido debilidad por los ojos color avellana, y quien sea que te corte el pelo ha dado con el equilibrio perfecto entre dejado y arreglado. Me gustan los hombres de pelo oscuro. Y me gusta cómo llevas la ropa.

Aquella relación había puesto a Guido tan nervioso que tuvo que resistir el impulso de correr al espejo para ver si era él ese hombre al que ella estaba describiendo. ¿Tenía los ojos color avellana? ¿Era alto? El pelo, ¿lo tenía negro, ni dejado ni arreglado?

En aquel momento, al doblar la esquina rumbo al apartamento de Holly con los periódicos bajo el brazo, se preguntaba cuándo se habría decidido Holly a su favor. Estuvo dispuesta a pasar la tarde de sábado con él, y el modo en el que iban a pasarla estaba clarísimo. ¿Pero qué significaba eso? Lo trataba exactamente igual que antes, solo que ahora eran amantes y él parecía uno de esos maridos adormilados que, envueltos en su abrigo, volvían a casa con los periódicos del domingo. Al verlos, le entró envidia. Los imaginaba de vuelta a matrimonios seguros, a esposas adoradas que los recibirían con cálidos besos y un plato de huevos o que seguirían durmiendo —a gusto, calentitas y cómodas—,

con sus batallas románticas ya muy lejos. A Guido no se le había ocurrido que algunos de esos hombres pudieran ser solteros o divorciados ni que estuvieran sometidos a una tortura amorosa igual que la suya. Aquella seguridad imaginada le dolía: no iba a un refugio sino al encuentro de una desconocida en casa de esa desconocida.

Holly se despertaba siempre a las ocho de la mañana, y ese día no había hecho una excepción. Guido apareció con los periódicos a las ocho y media, consiguió llevar a Holly de vuelta a la cama y durante un rato se sintió el rey del universo. Tres horas después, terminaban de desayunar mientras leían el periódico, pero a Guido las noticias no le decían gran cosa. Lo que a él le parecía un acontecimiento de enorme importancia no había alterado la rutina de Holly en absoluto, quien todos los domingos leía el periódico siguiendo un orden determinado. Y ese domingo no hizo ninguna excepción. Primero leyó las páginas de sociedad para ver quién se había prometido o se había casado. Luego leyó las necrológicas para ver quién se había muerto. Leyó la sección de cultura y ocio prestando especial atención a la página de jardinería a pesar de no tener jardín. Leyó al menos dos artículos de la revista, estudió la receta de la semana con ceño crítico y luego hojeó las páginas de moda para ver si había algo que mereciera su aprobación. Mientras Guido sufría un ataque de deseo, ella leyó un largo artículo sobre la ética y la genética y luego se concentró, totalmente abstraída, en un ensayo que resumía las bondades y los peligros de enseñarles a los bebés a nadar. Estaba claro, Holly no quería que le ha-

blaran. Estaba sentada muy derecha en su silla de respaldo recto, hecha un pincel con un camisón de lino. Mirándola, Guido empezó a entender por qué la mayoría de los delitos de sangre se cometían en el hogar: quería estrangularla, quería tomarla con las manos y hacerla suya. Por fin acabó de leer el periódico. Los platos ya estaban fregados y Holly se disponía a empezar el crucigrama cuando Guido la agarró.

—Maldita sea, Holly. ¿Es que nada de esto significa nada para ti?

—¿Nada de qué?

—Acabamos de pasar nuestra primera noche juntos y aquí estás tú, con tu maldito crucigrama.

—Lo hago todos los domingos —dijo Holly—. Y pensaba que esta era la primera de muchas noches. Todo esto me agobia bastante, además; por eso me gusta normalizar las cosas. No quiero una de esas aventuras que te dejan de los nervios, con unos kilos de menos y una sensación de desdicha permanente.

Guido no supo qué responder. La primera de muchas noches, había dicho ella. Esa frase, con la voz serena y mesurada de Holly, lo desarmó. Y ella hacía bien en querer que todo mantuviera la normalidad. Aquella decisión, como todo lo demás en Holly, le conmovió profundamente. Porque él sí que estaba metido en una de esas aventuras que te dejan de los nervios, con unos kilos de menos y una sensación de desdicha permanente.

Pero Holly dejó el crucigrama y rodeó el cuello de Guido con sus brazos. Holly sabía bien lo frágiles y sensibles que son los hombres para esas cosas, sin duda.